



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

# crear

## LA INTUICIÓN

Hace unos días, en un congreso, mantuve un debate con Eduardo Punset acerca de la importancia de la emoción en la toma de decisiones. Eduardo, un cordial personaje al que tenemos que agradecer su esfuerzo por divulgar la ciencia, afirmaba que hay que fiarse de las emociones en el momento de decidir, porque tienen una perspicacia que el análisis o el conocimiento no alcanzan. Con frecuencia tenemos la impresión de que poseemos informaciones que no sabemos justificar, convicciones que

resuenan afectivamente con gran energía. El lenguaje llama corazonadas a esas confusas premoniciones y considera que el palpito, la aceleración del palpar, es un modo certero de conocimiento. Mi postura es que las emociones son necesarias para decidir, como han mostrado las investigaciones de Antonio Damasio, pero no podemos fiarnos de ellas. Por ejemplo, todas las morales han sido establecidas para poner límites estrictos a los arrebatos del mundo pasional. Uno de los asistentes planteó entonces el tema de la intuición. Se lo agradecí porque, en efecto, nos permitía avanzar en el debate. Intuición es un término curioso y esquivo, difícil de definir. Designa un conocimiento inmediato, directo, totalizador, que no necesita argumentos, por lo que tiene un aura misteriosa. Suele hablarse de intuición femenina, por oposición a la racionalidad masculina. De cerebro derecho frente a cerebro izquierdo. ¿Qué hay de verdad en todo esto? Sin

duda, captamos de golpe cosas que nos resultaría muy difícil explicar. La risa es un ejemplo llamativo de esa percepción a primera vista. Recuerdo un viejo chiste de Chumy Chúmez: “Antes no creía en nada. Ahora, ni eso”. O lo comprendo a la primera o no entenderé su gracia, porque no hay nada más desgraciado que tener que explicar un chiste.

Mi discrepancia con Punset se debe a que creo que esta capacidad de tener intuiciones acertadas es fruto de un aprendizaje eficaz, una habilidad para manejar de una vez grandes bloques de conocimientos. Reflexionando sobre su obra, Einstein

**ES UNA HABILIDAD NECESARIA PARA AQUELLAS PERSONAS QUE TIENEN QUE TOMAR DECISIONES MUY RÁPIDAS**

escribió: “Durante años he tenido un sentimiento de dirección, de ir en línea recta hacia algo concreto. Es muy difícil describir ese sentimiento”. En *La educación del talento* he defendido la necesidad de adiestrar el inconsciente, que es la fuente de las intuiciones, porque es una educación imprescindible para aquellas personas que tienen que tomar decisiones

muy rápidas: cirujanos, hombres de negocios, políticos, médicos, educadores, pilotos. Hablamos de sexto sentido, de olfato para los negocios, de ojo clínico. Y esas capacidades son intuitivas, y se aprenden. Es evidente que unas personas aciertan más que otras. Los antiguos sabían que lo que llamamos buena suerte suele ser una sabia detección de las oportunidades. Un gran lógico americano, A.C.S. Peirce, investigó “el singular instinto de adivinar” que tiene el hombre. Los psicólogos han tenido que elaborar una teoría de la adivinación sofisticada para interpretar la habilidad humana en utilizar informaciones incompletas o ambiguas. Se trata de reconocer con acierto signos que para otros resultan ocultos, de descubrir lo relevante en un diluvio de información. Es un entrenamiento muy parecido al que puede tener un tenista, que ha de aprender casi a adivinar la trayectoria del saque del rival, puesto que tiene que responder antes de haberlo percibido. En un mundo globalizado y veloz, educar la intuición se hace imprescindible para poder orientarnos en la complejidad, para equivocarnos lo menos posible. ■



Raúl